

UN DRAMA DE FAMILIA

I

Entre las muchas y muy diversas apariciones de individuos en nuestro cuarto de Baker Street, ninguna tan súbita ni tan extraordinaria como la del profesor Thorneycroft Huxtable, doctor en Letras, doctor en Ciencias, socio correspondiente de... etcétera. Su tarjeta, sobrado pequeña para contener tantos títulos, le precedió unos segundos solamente, luego entró él mismo con una actitud tan pomposa y tan enfática, que parecía la personificación de la sangre fría y del aplomo.

Y, sin embargo, apenas se cerró la puerta detrás de él, se tambaleó, vino á apoyarse en la mesa y, perdiendo el equilibrio, cayó cuan largo era sobre la piel de oso que había en el suelo.

Nos apresuramos á levantarlo, y durante los minutos que estuvo sin conocimiento, Holmes y yo examinamos atenta y curiosamente á aquel náufrago que el Océano de la vida arrojó á nuestra playa.

Mi compañero le puso un almohadón detrás de la cabeza mientras yo le arrimaba una copa de cognac

á los labios. Su frente estaba llena de arrugas, en la palidez del rostro resaltaban las manchas cárdenas de las ojeras, las comisuras labiales caían lamentablemente con un gesto de dolor. Por las mejillas corría la mancha de una barba de varios días. La camisa y el cuello denotaban su largo y turbulento viaje, y en cada punta de sus erizados cabellos brillaba una gota de sudor. Todo parecía indicar que aquel hombre estaba bajo el peso de una terrible conmoción.

—¿Qué tiene este hombre, Watson?—me preguntó Holmes.

—Presenta todos los caracteres de una extrema debilidad, producida, indudablemente, por la fatiga y el hambre—respondí tomándole el pulso y viendo lo débil de las pulsaciones.

—Aquí tiene un billete del ferrocarril para Makleton—dijo Holmes sacando un cartón rojo del bolsillo.—Y como es el de vuelta y aún no es medio día, resulta que ha debido salir de allí muy temprano.

Los párpados del enfermo se agitaron un momento, se levantaron, y sus ojos grises y de mirada todavía indecisa, se fijaron en nosotros. Un momento después se levantó rojo de vergüenza y balbuceando mil excusas.

—Perdonadme, Sr. Holmes. Estoy completamente trastornado. Os agradecería con toda mi alma que me diéseris un vaso de leche y unas galletas, porque estoy desfallecido. Pensé escribiros ó poner un telegrama; pero no lo he hecho, temeroso de

que no tuvieran la fuerza suficiente para obligaros á salir de Londres. Por eso he venido. Voy á deciros lo...

—Aguardad un instante. Debéis reponeros un poco. Ahora os traerán un vaso de leche con un bollo...

—No, si ya estoy bien. Realmente no me explico cómo perdí el conocimiento, á pesar de... ¡Bueno! Es preciso, mejor dicho, es humanitario, que venzáis conmigo á Makleton en el primer tren.

Holmes sacudió la cabeza negativamente.

—Mi colega el doctor Watson os puede decir que por ahora es completamente imposible. Estamos agobiados de trabajo. Aparte de otros asuntos de poca monta, tenemos entre manos el de los documentos de Fener y el asesinato de Abergavenny. Sería preciso un motivo bastante grave para obligarme á salir de Londres.

Nuestro visitante levantó los brazos al cielo.

—Lo es ¡y gravísima! ¿No os habéis enterado del rapto del hijo único del duque de Holdernesse?

—¡Cómo! Del antiguo presidente del Consejo.

—Justamente. A pesar de que intentamos ocultar el suceso á los periódicos, *El Globo* de ayer tarde daba la noticia.

Holmes extendió el brazo, y cogiendo el tomo H de la Enciclopedia, lo abrió y leyó en voz alta lo siguiente:

—«HOLDERNESSE. Sexto duque K. G. P. C... etcétera...»—Todo el alfabeto para enumerar sus tí-

tulos.—«Barón de Berveley, conde de Carlton.»— ¡Dios mío! ¡Qué lista! Lord de Hallamshire desde 1900. Casó con Editt Appledore, hija de Carlos, en 1888. Su heredero es lord Saltire, hijo único. Tiene propiedades por una superficie de más de doscientas cincuenta mil acres. Posee minas en el Lancashire y el país de Gales. Señas: Carlston House Terrace.—Holderness Hall, Hallamshire.—Castillo de Carlston en Bangor.—Gales.—Lord del Almirantazgo en 1872.—Secretario de Estado en...» ¡Caramba! Bien puede vanagloriarse de ser uno de los hombres más importantes del Reino Unido.

—¡El más importante y el más rico de todos! Aunque me consta, Sr. Holmes, que tenéis en alta estima vuestra profesión y que trabajáis por amor al arte, debo deciros que su gracia lord Holderness ha prometido un cheque de mil libras al que le indique quien ó quienes han sido los autores del rapto.

—Efectivamente. Es una recompensa regia—dijo Holmes.—Me parece, Watson, que merece la pena de hacer un viaje por el Norte de Inglaterra. Y vos, doctor Huxtable, después que toméis este vaso de leche, váis á tener la bondad de explicarnos cómo, dónde, cuándo y en qué circunstancias ha ocurrido ese rapto y, por último, por qué habéis tardado tres días—según me indican vuestras barbas—en venir á buscarme.

Nuestro visitante se tomó el vaso de leche con galletas, y ya más repuesto, un poco más coloreadas las mejillas y más vivaces los ojos, empezó á hablar.

—Antes de nada debo deciros, señores, que yo soy director y fundador de un colegio titulado «El Priorato» y que es indiscutiblemente la mejor y más distinguida de las escuelas preparatorias inglesas. Lord Leverstoke, el conde de Blacwater, sir Cathcart Soames y otras ilustres personalidades me han confiado la educación de sus hijos. Pero nunca me sentí tan orgulloso de mi establecimiento, cuando hace tres semanas el duque de Holderness me envió á su secretario particular, Mr. James Wilder, para anunciarme la entrada en el «Priorato» de su hijo y único heredero el joven lord Saltire. ¡Qué lejos estaba de imaginarme entonces lo que me había de hacer sufrir esta honrosa distinción!...

El joven lord llegó el 1.º de Mayo al colegio. Desde el primer momento nos encantó á todo el mundo y se adaptó perfectamente á las costumbres y exigencias de su nueva vida. Debo deciros—aunque á primera vista os resulte indiscreto—que el muchacho no era muy feliz en su casa. La situación es conocida de todo el mundo. La vida del duque no es todo lo correcta y todo lo formal que debe ser la de un hombre casado, y esto originó una serie de disgustos en el matrimonio, que por acuerdo común se separó, yéndose la duquesa á vivir al Mediodía de Francia.

La separación y la falta de su madre impresionó de tal manera al muchacho, que el duque se decidió á enviármelo á ver si el cambio de ambiente le traía el olvido. Así debió ser, porque á los

quince días de estar en mi casa, el joven lord parecía completamente feliz.

La noche del día 31—el lunes último—desapareció y no se le ha vuelto á ver más.

Para llegar á su cuarto, que está situado en el segundo piso, hay que pasar por otro donde duermen dos colegiales. Interrogados estos dos últimos, han declarado que no sintieron lo más mínimo, que no salió por la puerta. Entonces nos fijamos en la ventana, que estaba abierta de par en par; junto á ella sube el enorme tronco de una liana, é indudablemente y á pesar de no haber notado huellas en el suelo del jardín, el joven lord ha elegido ese camino para escapar del colegio. Nos enteramos de la falta el martes por la mañana. La cama estaba deshecha. De su ropero faltaba precisamente el traje de uniforme, es decir, chaleco y americana negra y pantalón gris oscuro. Nada indicaba, pues, que el muchacho no hubiera salido por su propia voluntad, pues el menor grito, la mejor señal de lucha, hubiera sido oído por Canter, uno de los muchachos que duermen en el cuarto de al lado y que tiene el sueño muy ligero.

Inmediatamente se puso en pie todo el colegio y ordené que cuantos habitan en él, alumnos, profesores y criados, se reunieran en el patio central. Entonces adquirí la convicción de que el muchacho no había partido solo. Heidegger, el profesor de alemán, faltaba también. Su cuarto corresponde en el piso bajo con el de lord Saltire. Examinando dicho

cuarto vimos que la cama también estaba deshecha; pero no debió salir, como el joven lord, perfectamente vestido, sino con un pantalón y unas zapatillas. La demás ropa estaba sobre una silla. Su bicicleta, que estaba en una caseta del jardín, había desaparecido igualmente.

Heidegger llevaba más de dos años en «El Priorato», y durante este tiempo no hice más que confirmar las excelentes referencias que me habían dado respecto de su persona y su modo de ser. Sin embargo, no era muy querido, ni por los alumnos ni por los profesores, sin duda por su melancolía y su silencio obstinado y su amor á la soledad.

Se hicieron las pesquisas necesarias, pero no hemos conseguido averiguar nada absolutamente, y hoy jueves estamos igual, respecto de la carencia de indicios y de noticias, que el martes. Entre las diligencias practicadas fué de las primeras el ver á Holderness Hall, situado á algunas millas demi establecimiento á ver si el muchacho, en virtud de una crisis de *spleen*, corrió en busca de su padre. Pero tampoco se consiguió nada.

El duque está inquietísimo, y respecto de mí ya podéis juzgar á qué estado de postración nerviosa me ha conducido este suceso y la consciencia de mi responsabilidad. Ignoro, Sr. Holmes, si este asunto os parecerá lo suficientemente digno de vuestro talento, pero sea así ó sea lo contrario, yo os ruego por lo que más queráis, que no me abandonéis y procuréis descifrar este enigma terrible.

Sherlock Holmes había escuchado atentamente la narración del desgraciado director de «El Priorato»; y el fruncimiento de sus cejas, los labios tenazmente cerrados, la inmovilidad casi absoluta de su cuerpo, demostraban que no hacía falta excitar mucho su celo por una causa, que, aparte de los cuantiosos beneficios que podría reportarle, reunía todas las condiciones de misterio y de extravagancia para ser grata á su modo de ser.

Cuando el otro terminó de hablar, Holmes sacó su cuaderno y tomó algunas notas. Después, guardándose el cuaderno, dijo:

—No debisteis haber tardado tanto en venir á verme. Ahora voy á empezar las pesquisas en condiciones muy difíciles. Si me hubiérais avisado antes tengo la seguridad de que el examen de la liana y del césped me habían descubierto algo que para los demás habrá pasado inadvertido.

—No ha sido culpa mía, Sr. Holmes, su gracia, deseoso de evitar el escándalo, prohibió terminantemente que se hablara del asunto.

—Sin embargo, supongo que daría parte á las autoridades.

—Eso sí. Pero no hemos conseguido nada más que perder el tiempo. Descubrimos que un hombre, acompañado de un niño, había tomado el tren en una estación próxima aquella misma mañana. Se les siguió la pista, y hasta anoche, estando ellos en Liverpool, no nos hemos convencido de que no tienen nada que ver con el joven lord ni con el profesor de

alemán. Entonces yo, después de pasar una noche tan cruel como las anteriores, me decidí á consultaros y á rogaros que os encargáseis del asunto.

—¿De modo—dijo Holmes—que mientras perseguíais á ese hombre y á ese niño que iban á Liverpool, nadie se ha cuidado de examinar el lugar del suceso ni las cercanías?

—Nadie.

Holmes hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué torpeza! Se han perdido tres días lastimosamente.

—Ahora lo comprendo, Sr. Holmes.

—En fin, veremos á ver. El asunto merece que me ocupe de él. ¿Sabéis si existía alguna clase de relaciones entre lord Saltire y el profesor de alemán?

—No. Ninguna.

—¿Daba clase con él?

—Tampoco. Y hasta puedo aseguraros que jamás habían cruzado la palabra.

—Es raro. ¿Y el chico tenía bicicleta?

—No.

—¿Falta alguna más que la del profesor en el colegio?

—Tampoco.

—¿Estáis seguro?

—Completamente seguro.

—Sin embargo, me parece una estupidez creer que el profesor de alemán huyera del colegio montado en una bicicleta y con el chico en brazos.

—Eso dije yo desde el primer momento.

—Entonces, ¿cuál es vuestra opinión?

—Yo creo que la bicicleta la han hecho desaparecer con objeto de desorientar y hacer más difíciles los trabajos de la policía.

—No lo creo. ¿Hay más bicicletas en el colegio?

—Muchas más.

—¿En la misma caseta donde estaba la del profesor?

—Sí.

—¿No os parece entonces, Sr. Huxtable, que si pretendían hacer creer que habían escapado en bicicleta, hubieran ocultado dos en vez de una?

—Es verdad...

—Ya véis, por lo tanto, que esa hipótesis es inadmisibile en absoluto. Además, una bicicleta no es tan fácil de ocultar como un pañuelo de bolsillo. Y decid: ¿sabéis si el joven Saltire recibió alguna visita el día antes de la desaparición?

—No, no le visitó nadie.

—¿Y cartas?

—Sí; recibió una sola.

—¿De quién?

—De su padre.

—¿Tenéis la costumbre de leer las cartas a vuestros alumnos?

—No.

—¿Entonces cómo sabéis que esa carta era del padre del muchacho?

—Porque el sobre llevaba sus armas y estaba escrita del puño y letra del duque. Además,

éste me lo dijo cuando fui á comunicarle la desagradable noticia.

—¿Y no recibió ninguna otra por aquellos días?

—No.

—¿Y de su madre?

—Su madre no le escribe nunca.

—Perfectamente. El dilema es muy claro. O le han raptado á viva fuerza, ó marchó por su propia voluntad. En este último caso hay que suponer la existencia de una tercera persona que le auxiliaba y escondía desde fuera del colegio. Por eso os he preguntado si había recibido alguna visita ó alguna carta.

—Que yo sepa no se escribía más que con su padre.

—Habéis dicho antes que el duque le escribió la víspera de la fuga, ¿no es eso?

—Eso es.

—¿Qué tales eran las relaciones entre padre é hijo?

—El duque es un hombre que no deja transparentar tan fácilmente sus sentimientos. Consagrado por entero á la política, parece que la política le ha enseñado de una frialdad hostil á toda emoción. Sin embargo, casi puedo asegurar que quiere á su hijo bastante.

—¿Y el chico?

—Le corresponde; pero quiere más á su madre.

—¿Os lo ha dicho él?

—No.

—¿El duque?

—¡Quiá! Mucho menos.

—Entonces, ¿cómo lo sabéis?

—Por M. James Wilder.

—¿Quién es ese señor?

—El secretario particular del duque; él me sigo quien me puso en antecedentes respecto de los Saltire.

—¡Ah! ¿Y esa carta del duque la habéis encontrado en el cuarto del muchacho después de la fuga?

—No; debió llevarla consigo... Pero salvo vuestro parecer, yo creo, Sr. Holmes, que ya es hora de tomar el tren.

Holmes se levantó.

—Ahora mismo iba á proponérselo. Voy á mandar que venga un coche para conducirnos á la estación. Dentro de un cuarto de hora estaremos dispuestos. ¡Ah! Me vais á hacer el favor de poner un telegrama á vuestra casa diciendo que la pista de Liverpool era la verdadera, y con eso podremos el amigo Watson y yo trabajar tranquilamente en las cercanías del colegio y del castillo.

H

Era ya de noche cuando llegamos á la montañosa región donde estaba situado «El Priorato». Sobre la mesa de la antesala blanqueaba una tarjeta, y el criado que nos abrió la puerta, cuchicheó al oído del doctor Huxtable.

Este se volvió hacia nosotros presa de la mayor excitación.

—Ha venido el duque—dijo.—Este muchacho me acaba de decir que está esperando con Mr. Wilder en mi despacho. Si os parece vamos allá y os presentaré.

Muchos retratos conocía yo del duque de Holder-nesse, pero cuando me ví frente á frente del altivo político, comprendí que ninguno de ellos daban clara idea del original. De porte noble y majestuoso, vestía con impecable corrección. Era alto y delgado y tenía el rostro pálido y fino, la nariz larga y gan- chuda y una larga y cuidadosa barba roja le cubría casi el chaleco blanco, y á través de sus hilos cen- teileaba la cadena de oro del reloj.

Así era el personaje que al entrar nosotros nos examinó de pies á cabeza con una mirada desprecia- tiva. Estaba de pie, recostado en la chimenea, y

junto á él un joven que desde el primer momento comprendimos que era su secretario particular. Este Wilder, pequeñaco y nervioso, tenía ojos azules, muy inteligentes, y él fué quien con un tono seguro é incisivo, rompió el fuego de la conversación, diciendo:

—Esta mañana he estado aquí, doctor, pero ya era tarde para impedirlo que fuésteis á Londres. Me había enterado de que pensábais pedir auxilio al señor Sherlock Holmes, y monseñor estaba y está muy extrañado de que tomáseis tan grave determinación sin consultarle.

—Cuando ví que la policía había fracasado...

—Monseñor no cree que haya fracasado la policía...

—Sin embargo, Sr. Wilder.

—De sobra sabíais, Sr. Huxtable, que monseñor deseaba y desea evitar el escándalo y que, por lo tanto, cuantas menos personas se enteraran de ello, mejor.

—Bien. Bien—balbuceó el mísero doctor.—Todo puede arreglarse. El Sr. Holmes puede volver á Londres mañana mismo en el primer tren.

—¡De ningún modo, querido doctor!—exclamó Holmes.—Este clima del Norte es tan sano y tan agradable que pienso pasar algunos días entre estas montañas entreteniéndome en hacer lo que me agrade. Ahora que vos decidiréis si debo irme á cualesquiera fonda de las cercanías ó si puedo quedar bajo este techo.

El doctor se puso pálido y no sé que contestación hubiera dado si el duque no se hubiese dignado hablar con su voz sonora, de amplia sonoridad.

—Yo creo, Sr. Huxtable, como ha dicho muy bien el Sr. Wilder, que debísteis consultarme antes de avisar al Sr. Holmes; pero en vista de que ya conoce el asunto sería una estupidez no aprovecharse de sus méritos y servicios. Yo os agradeceré mucho, caballero—continuó, dirigiéndose á mi amigo,—que en vez de iros á una fonda, ó quedaros aquí, tengáis la bondad de aceptar un cuarto en Holderness Hall.

Holmes se inclinó.

—Mil gracias, monseñor, pero no puedo aceptar. Yo creo que estando aquí mismo, donde tuvo lugar el suceso, me será más fácil conseguir algo provechoso.

—Como queráis. Ahora el Sr. Wilder y yo estamos dispuestos á ayudaros y á facilitaros todos cuantos datos necesitéis.

Holmes volvió á inclinarse.

—Sois muy amable, monseñor; y yo, aprovechándome de esa amabilidad, voy á permitirme haceros algunas preguntas.

—Decid.

—¿Tenéis formada alguna opinión particular respecto de la desaparición de vuestro hijo?

—Ninguna.

—Y...—perdonadme si despierto en vos un recuerdo doloroso, pero no tengo más remedio.—Y

¿creéis que la señora duquesa haya intervenido en algo?

El duque tuvo un momento de innegable vacilación.

—No lo creo—contestó al fin.

—Hay quien opina que se trata de un secuestro con objeto de sacaros dinero. ¿Habéis recibido alguna petición de este género?

—Hasta ahora, no.

—Me han dicho también que el día de la desaparición escribisteis una carta á vuestro hijo.

—La vispera.

—Bueno; pero la recibió al día siguiente.

—¡Ah! Eso sí.

—¿Había algo en vuestra carta que le indujera á tomar esa determinación?

—Nada absolutamente.

—¿Echásteis vos mismo la carta al correo?

El noble duque no tuvo tiempo de contestar, porque se le anticipó su secretario, gritando algo incorrectamente:

—Monseñor no acostumbra á echar él mismo sus cartas. Esa carta la eché yo mismo con otras varias escritas ese mismo día.

—¿Estáis seguro de que esa carta salió en compañía de otras?

—Claro que sí.

—¿Cuántas cartas escribió monseñor ese día?—insistió Holmes.

—Veinte ó treinta. El duque tiene una corres-

pondencia considerable. Sin embargo, me parece que esto no tiene nada que ver con el asunto.

—Todo lo contrario—contestó Holmes.

—Por consejo mío—intervino el duque—la policía ha puesto sus miras en el Mediodía de Francia, no porque yo crea capaz á la duquesa de un acto tan monstruoso, sino por mi hijo. El muchacho tenía, respecto de su madre, unas ideas muy raras, y no es muy descabellado suponer que lograra hacerse acompañar del profesor alemán y se hubiesen ido en busca de la duquesa. Y ahora, Sr. Holmes, nos retiramos.

Bien claramente comprendí que Holmes deseaba hacer todavía algunas preguntas más; pero la actitud del duque no lo consintió. Se veía que estaba molesto en nuestra presencia. Aquella intrusión en su vida privada, molestaba á su aristocrático temperamento, y tal vez temiera que algunas preguntas más lograsen hacer luz sobre muchos puntos oscuros de su vida de gran señor.

En cuánto marcharon el aristócrata y su secretario, Holmes se puso á trabajar. Examinó primero, con la mayor atención, el cuarto del niño, adquiriendo la seguridad de que se había escapado por el balcón.

El cuarto del profesor alemán y sus ropas no le facilitaron ningún detalle más. Una rama de liana se había roto abajo, al peso de sus pies, sin duda, y á la luz de la linterna notamos la huella de sus talones en el césped.

Estos fueron los únicos indicios de aquella huida inexplicable.

Luego Holmes, negándose á que le acompañáramos ni el doctor Huxtable ni yo, salió del colegio.

III

Volvió cerca de las once.

De no sé donde trafa un plano de las cercanías, y extendiéndolo sobre mi cama, acercando la lámpara lo más posible, mientras lanzaba grandes bocanadas de humo, me fué señalando con el extremo de la pipa los puntos más interesantes.

—Decididamente, querido Watson, este asunto me va interesando conforme me voy enterando de él. Para que comprendáis mis deducciones, es preciso que os déis cuenta de la situación de todo cuanto nos rodea. Por eso os he traído este plano. Este cuadrado negro donde voy á colocar un alfiler es el edificio de «El Priorato»; esta línea es la carretera que, como véis, va de Este á Oeste, y que en muchas millas no tiene ningún camino trasversal. Como véis, los fugitivos han tenido que pasar por aquí necesariamente.

—Claro.

—Afortunadamente he tenido la suerte de hablar con una persona cuyo testimonio es de una gran importancia. Aquí, en este sitio, hay un guarda jurado desde la media noche hasta las seis de la mañana. Como véis, se coloca precisamente en la bifurcación

de la carretera con este otro camino, y me ha asegurado que la noche de autos no se movió un solo segundo de su puesto, y que durante las seis horas no vió pasar á nadie absolutamente. Ahora examinemos este otro lado de la carretera. Como véis, aquí está la posada del *Toro Rojo*, y precisamente el lunes por la noche se sintió malo el posadero y mandó á buscar al médico de Nockleton; como éste no vino hasta el día siguiente, nadie se acostó esperándole, y durante toda la noche hubo alguien en la carretera. He interrogado á esta gente y todos están conformes en afirmar que no pasó nadie por delante de la posada. Así, pues, de ser ciertos ambos testimonios, resulta que los fugitivos no hicieron uso de la carretera en su huida.

—¿Pero y la bicicleta? —interrumpí.

—Ahora, ahora llegaremos. Tened paciencia. Si no pasaron por la carretera es indudable que salieron por la parte de atrás del colegio. Esto es indiscutible. Ahora veamos por dónde pudieron tirar. Aquí al Sur, hay tierras de labrantío, separadas entre sí por pequeños tapiales, y resulta, por lo tanto, imposible el camino para la bicicleta; fijémonos, pues, en el Norte. Aquí hay un pequeño bosque que lleva el nombre de Dagged Shaw y un poco más allá se extienden en suave pendiente las landas de Lowergill. En esta dirección se encuentra Holderness Hall, y entre este castillo y «El Priorato» hay, viniendo por la carretera, diez millas de distancia, y únicamente seis atravesando por las landas. Esta

última parte del terreno está casi siempre desierto. Sólo de cuando en cuando se tropieza con alguna posada insignificante ó alguna cuadra de poca importancia. Fijaros aquí en esta parte. Esto es una iglesia, y rodeada de algunas casitas, entre ellas otra posada. Más allá empiezan los montes. De modo que todo parece indicarnos que por el Norte es por donde debemos dirigir nuestros pasos.

—Pero ¿y la bicicleta? —insistí yo.

—¡Y dale! —continuó Holmes.—Un buen ciclista no necesita la carretera para nada. Además, esa noche hacía luna llena y en la landa hay muchos y buenos senderos. ¡Qué! ¿Quién llama?

Estaban golpeando la puerta. Un segundo después abrimos y entró el doctor Huxtable, con una gorra azul en la mano.

—¡Ya hay un indicio! —exclamó al entrar.—Gracias á Dios, me parece que estamos sobre las huellas del muchacho. Esta es su gorra.

—¿Dónde la han encontrado?

—En un carro de bohemios que acampaban en la landa. El martes salieron de aquí y hoy les ha detenido la policía; les registró y les encontró esta gorra.

—¿Y qué explicación han dado ellos?

—Primero se callaron; luego dijeron que se la habían encontrado en medio de la landa. Pero yo creo que mienten. ¡Esa maldita gente sabe dónde está el niño! Por fortuna ya están en la cárcel, y el miedo á la justicia por un lado y el dinero del duque por otro, les harán cantar de plano.

—¿Y no habéis descubierto nada más?

—Nada más.

Holmes bostezó.

—Me caigo de sueño, querido, y mañana hay que trabajar de firme.

—Tenéis razón—contestó el doctor Huxtable.—Yo también me voy á la cama. ¡Buenas noches!

—¿Véis?—me dijo Holmes en cuanto nos quedamos solos.—Esta gorra es una prueba más de que en la landa de Lowergill nos espera el triunfo. Después de todo, la policía, salvo la detención de esos bohemios, no ha hecho nada de particular. Fijáos aquí, Watson; como véis, existe una especie de riachuelo que en algunos sitios forma pantanos, especialmente en la región comprendida entre Holdernes-se Hall y «El Priorato». Por tanto, si aquí en la parte seca no encontramos ninguna huella, es fácil que no suceda lo mismo en la pantanosa. En fin, lo que fuese sonará. Mañana por la mañana hay que levantarse temprano. Me acompañaréis, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Muy bien. Hasta mañana entonces, y ó somos muy torpes ó descubriremos el misterio.

IV

Al día siguiente, apenas habia empezado á salir el sol, sentí una mano que me agitaba bruscamente. Abrí los ojos y me encontré con Holmes que, completamente vestido, me decía:

—¡Arriba, holgazán! Ya he examinado el jardín y el depósito de bicicletas y he ido hasta el bosquecillo. En el cuarto de al lado os espera el desayuno. ¡Vamos, hombre! ¡Arriba! Nos espera un buen día.

Todo en su aspecto revelaba una interior é intensa satisfacción. ¡Qué diferencia del pálido y meditabundo soñador de Baker Street! Contemplándole me sentía más animoso para la lucha con el misterio y más confiado en la victoria.

Sin embargo, no fuimos por senderos de rosas desde el primer momento. Llenos de esperanza atravesamos la extensión gris de la landa surcada en todas direcciones por senderos abiertos por las patas de los rebaños, y llegamos á una parte donde la hierba tenía un verde más crudo, más intenso, señalando el comienzo del terreno pantanoso. Indudablemente, si el joven se hubiera dirigido al castillo de su padre, allí estarían sus huellas. Pero no las había, ni de él ni del profesor alemán. Holmes tor-